

Marco Negrón

Entre Caracas y Medellín

La semejanza geográfica entre Caracas y Medellín es realmente notable. Ambas ciudades se localizan en sendos valles de longitud parecida, siendo la diferencia esencial entre ellos la orientación: mientras el de Caracas se desarrolla de Este a Oeste, el del Aburrá lo hace de Norte a Sur; sin embargo, la monumental presencia de la cordillera de la Costa le otorga a Caracas un valor paisajístico que no iguala el indiscutiblemente interesante relieve de la capital antioqueña, unos quinientos metros más alta que la venezolana.

La comparación en otros aspectos entre ambas ciudades podría parecer, en principio, más difícil: Caracas es la capital de un país rico en recursos minerales que por tres cuartos de siglo ha disfrutado de una elevada, muchas veces abrumadoramente elevada renta petrolera, de la cual ha vivido de manera casi exclusiva y que en buena medida ha contribuido a la prolongada paz que ha conocido la nación. Medellín en cambio es apenas una capital regional, verdad que la más importante, de un país que no ha tenido más remedio que encomendarse al esfuerzo de sus habitantes, azotado desde hace más de medio siglo por una feroz guerra interna que ha terminado derivando en formas particularmente aberrantes de terrorismo, prácticamente secuestrado además, en años recientes, por algunas de las organizaciones más sangrientas del narcotráfico.

Aquel largo período de paz y bonanza permitió que, particularmente después de la segunda guerra mundial y gracias sobre todo a la inversión del gobierno central, Caracas conociera un desarrollo realmente espectacular, erigiendo arquitecturas excepcionales que convocaron a los mejores artistas universales, construyendo una infraestructura urbana de notable calidad y constituyéndose como un ineludible referente de la modernidad; sin embargo, en paralelo, erróneas políticas urbanísticas condujeron a que una elevada proporción de la población de la ciudad, cercana al cincuenta por ciento, se viera obligada a localizarse en asentamientos autoconstruidos, en áreas urbanísticamente problemáticas y que sólo tardía y deficientemente fueron dotadas de servicios urbanos básicos. Sin embargo, pese a los dramáticos contrastes, Caracas brilló durante mucho tiempo como una de las más rutilantes joyas urbanas de América Latina.

El extraordinario esfuerzo de Medellín por salir adelante y que la había llevado a convertirse en el más importante centro industrial de Colombia, topó sin embargo con los obstáculos de la guerrilla y el narcotráfico. Se recordará que en la década de los ochenta, arrastrada por la organización del funesto Pablo Escobar, ella llegó a convertirse en una suerte de capital del crimen, alcanzando índices de criminalidad francamente alucinantes que en 1991 llegaron a rozar los cuatrocientos homicidios por

cada cien mil habitantes. Para el año 2004, en el *ranking* de la revista **América Economía** de las mejores ciudades para hacer negocios en América Latina¹, Caracas y Medellín ocupaban, respectivamente, las posiciones treinta y cinco y treinta y seis en un conjunto de cuarenta ciudades, con algunas peculiaridades que conviene destacar. Una es que Medellín avanzaba moderadamente desde el lugar treinta y ocho que había ocupado el año anterior, mientras que Caracas retrocedía de manera alarmante desde el lugar veintiocho; otra es que Medellín, aún manteniéndola alta, había reducido sustancialmente la tasa de homicidios, que, para ese año, resultaba sensiblemente menor que la de Caracas, convertida ya en una de las ciudades más inseguras de Latinoamérica cuando dos décadas antes se ubicaba en niveles francamente moderados. En el informe de 2007 de **América Economía**, aparecido hace muy escasos días, Medellín avanza al lugar veinticinco mientras que Caracas, cuyo PIB per cápita es tres veces mayor, retrocede al cuarenta y dos.

Es obligatorio entonces preguntarse por qué estas dos ciudades han recorrido en estos años trayectorias tan divergentes, sobre todo cuando el desempeño negativo corresponde a la que cuenta con mayores recursos materiales y, al menos en apariencia, concentra mayores cuotas de poder.

Un punto central, a nuestro parecer, es que Caracas no ha logrado resolver sus problemas de gobernabilidad, que, en el pasado, estuvieron asociados al fraccionamiento de la ciudad en cinco municipios autónomos, pero que hoy se agravan porque en ella se condensan, magnificadas, las contradicciones que desgarran a la nación: el régimen actual, autoproclamado revolucionario, no ha hecho otra cosa que acentuar las equivocadas políticas antiurbanas que caracterizaron a los gobiernos democráticos que se alternaron desde 1959. En paralelo, hoy emergen, cada vez con menos afeites, las tentaciones centralizadoras, empeñadas en revertir los magros avances que se habían alcanzado en materia de descentralización y desarrollo de las autonomías locales, de modo que sobre las ciudades venezolanas, particularmente sobre Caracas, en estos últimos años, han venido cebándose tres flagelos: la inquina contra la ciudad, que en fin de cuentas se quisiera ver reducida a su mínima expresión, el afán por la concentración extrema del poder y la satanización de quien no comparte incondicionalmente el proyecto dominante. Mientras esas tendencias prevalezcan, Caracas estará condenada a perder la carrera con Medellín y cualquier otra ciudad semejante que apueste por la autonomía y el autogobierno urbano, es decir, por el protagonismo ciudadano.

Caracas, junio de 2007

¹ Además de las variables propiamente económicas o de carácter empresarial, esos análisis, que se realizan desde 2001, incluyen variables relativas a la calidad de vida, la seguridad y los servicios e infraestructura urbana.